

Antonio Acevedo Hernández

Margot Loyola y la canción chilena



TRAVES de mis treinta años de dedicación al folklore de Chile, especializado en lo que se relaciona con el canto de esta tierra, debo pronunciar un juicio que, aca-
so resultará aventurado, sobre la cantante de folklore de nuestro país, Margot Loyola.

Muchas cantantes de género popular, más popu-
lista que popular, que en Chile llaman *cantoras*, como
en España, *cantaoras*, he conocido. De esa legión ar-
den en mis recuerdos como lo más auténtico en sus
respectivas épocas, solamente dos: Juanita Tejo y
María de la Cruz Ferrada, aparte, naturalmente, de
los poetas populares—puelas se nombraban ellos—de
décimas, contrapuntos y pallas que acompañaban su
canto en los guitarrones. Las aludidas eran *cantoras*
nativas por origen y trayectoria; podría decirse rutina,
pues en aquellos tiempos, más de cincuenta años, la
canción, la cueca y la tonada chilenas, la refalosa, la
paloma y la sajuriana vivían lozanamente. Parece quæ

la sajuriana no gozaba de mucho respeto, si se atiende a una copla insultante que anotaré:

«Sois como la sajuriana,
también como la cizaña,
sois como animal con mañas
y vos no te conocís,
que Dios por formarte a *lís*
formó al sapo y a la rana».

Mucho cantaba el pueblo en aquella etapa. En la *Fonda Popular* y en *El Arenal*, donde actuaba la célebre *Chigua*, actuaban los de mayor fama; pero también lucían sus habilidades en la *Calle Duarte* que debió de ser tenebrosa; lo demuestra el localismo que dice: «Hay cielo por todas partes—menos en la Calle Duarte». Buenos poetas cantaban en la *Acequia Grande* y en el *Zanjón de la Aguada*, también en *El Refalón*, en *Renca* y en *Los Guindos*.

Existían cantores de *improviso*, semejantes a los *versolaris*, en todos los sitios; recorrían los caminos montados en sus cuartagos o de paso, deteniéndose en las Villas o haciendas grandes, con el objeto de cantar y desafiar al que se presentara. El célebre *contrapunto de Taguada*, *el Mulato* y *don Javier de la Rosa*, *el Caballero*, sucedió, según la tradición más digna de crédito, en *San Vicente de Tagua Tagua* antes que fuera la ciudad que es hoy.

Hubo un Presidente de la República—*don Domingo Santa María*—que, según el gran novelista y no menor periodista *Joaquín Edwards Bello*, prohibió los cantos populares bajo rudas sanciones. Las razones pudieron ser las siguientes: 1.º el excesivo número de cantores de profesión y aficionados que pasaban la

vida en esas labores, restando sus fuerzas al trabajo; y 2.º la educación muy francesa de la élite de Chile. A esa gente, dueña de la tierra y del dinero, debió de parecerle mal esa afición a poetizar, de todo el pueblo; mal por la primera causa apuntada y por la falta de cultura, no ya francesa, sino chilena, que poseían los susodichos poetas populares.

Hay una redondilla popular que critica la abundancia de cantores:

«Vide una pajarería,
pensaba qu'era res muerta,
y era una legión de puetas
que cantaban de puesía».

Y otra un tanto quejumbrosa:

«Puetas y cantores viejos
hoy día no valen na,
porque la moderna 'stá
arrasando por parejo».

Después del mandato de las autoridades, la poesía popular, que cuenta con muy altos valores, perseguida policialmente, cayó verticalmente a la decadencia y, podría decirse, a la muerte. Hoy, el hermoso guittarrón es pieza de museo, los que intentan el verso popular carecen de gracia e inspiración; desconocen la técnica usada por los grandes, de los cuales el más destacado fué *No Bernardino Guajardo*.

La prohibición del canto chileno determinó la entrada del canto extranjero. Los que sabían una tonada de coleo, glosada o con estribillo, tenían vergüenza de cantarla; los folkloristas las calificaban despecti-

vamente; la gente culta y la que no lo era, se sonreían al oírla. Nadie se atrevía a reconocerle la menor virtud.

PERO ALGUIEN SE ATREVIÓ A CANTAR LO CHILENO

Una dama de gran voz y cultura, la señora Rosa Cataldo, en 1922 se atrevió a presentarse en los teatros con las canciones de acento lírico de Chile; sufrió un Vía Crucis; pero hasta cierto punto logró abrir una brecha en la sensibilidad de los chilenos, que le pedían tangos y otras cosas peores.

Algún tiempo después, un empresario teatral acucioso, don Augusto Pérez Ordenes, creyó que la canción chilena y, desde luego la tonada, bien presentada y reclamada en forma, podría gustar al público. Dos buenos cantantes, Martínez y Cartagena, fueron los elegidos para formar el Dúo, cuyo nombre de batalla, *Los Guasos de Chincolco*, triunfó plenamente. Otros cantores de guitarra y chilenidad, los Hermanos Montero, de Curicó, cantaban en los centros obreros. Después compusieron el celebrado conjunto *Los Provincianos* que se prolongó en éxitos merecidos por el extranjero.

Por ese mismo tiempo, en compañía de la gran guitarrista Esther Martínez y el gracioso cómico Luchito Barra, me correspondió la formación del primer Conjunto de esos que llaman teatro típico, en que la letra de los sainetes casi no cuenta ante las canciones y tonadas de *pat'en quincha* y las cuecas bien bailadas y animadas. Desde luego, la entrada de los cantos ajenos a nosotros continuaba y eran preferidos por el público. Nuestra público es así, en todo prefiere lo extranjero, aunque valga menos que lo nuestro.

El tango, algo castigado por los grandes espíritus argentinos, siguió y sigue enloqueciendo a los chilenos, que estuvieron locos por la Raspa, y ahora lo están por el Mambo. Creo que lo único que podría desplazar al tango es el bolero sensual y lloroso.

Se organizó por espíritus de depurada cultura, el Conjunto llamado *Los Cuatro Guasos* que determinó un avance magnífico para nuestro canto. Ahora ya no cantan. Se pasearon por gran parte de América y disolvieron su conjunto. Muchos temperamentos, además de los citados, hacen o interpretan cosas del folklore, pero no se ha podido salvar de la bancarrota el sentir chileno. La verdad es que ni los mismos folkloristas han defendido el canto nuestro. Si la Universidad de Chile no hubiera decidido seriamente por esa música, el canto andaría falsificado—en gran parte por los cantores de radio—y por el desprecio de los chilenos por lo suyo.

MARGOT LOYOLA

Y es aquí donde hay que nombrar a Margot Loyola, cuyo caso es único en nuestro ambiente. Nació esta apasionada artista en la ciudad de Linares, donde también vió la luz nuestro buen novelista Carlos Sepúlveda Leyton.

No sé cómo fué la infancia de esta niña, a quien se le puso en la pila bautismal Margot. Me imagino que en aquel día hubo sol, un sol más brillante y más promisor, fueron de mayor sonoridad las campanas y mejor la sonrisa del sacerdote. Criada junto a los viñedos paternos, bajo el buen sol, árboles acogedores—pomás y sombra—flores de muchos matices y de finos perfumes, pájaros parladores—ramilletes con alas

que dijera Calderón cerca de las corrientes de los ríos, cerca también de los bueyes lentos y de los caballos brioso, y entre las sonrisas y palabras cariñas de los campesinos y el decir bullicioso de las muchachas morenas de la tierra, pasó Margot sus primeros años. ¿Creeís que no espigó ensueños? Sí, seguramente lagares perfumados de ensueño tuvo en su alma.

En su corazón atesoró Margot sus primeros cantos que en medias palabras florecieron en sus labios, plenos aún de leche maternal. Las magnolias morenas de sus breves manos aptas para los juegos, tocaron levemente las cuerdas de las guitarras rústicas; más crecida, sus oídos oyeron el son de la postura mestra con que los campesinos acompañan todas las tonadas de la campiña.

Vivaz debió ser Margot, vivaz y sin duda buscadora de color y sonido. Creció y su palabra fué canto, y su canto gracia. Su labor, su pasión, su ensueño llegarían a ser un día las más puras intérpretes del alma nacional.

Pudo ella seguir la carrera que le hubiera parecido bien; le sobraban inteligencia y recursos, pero cuando se encontró a la orilla de una guitarra, su vocación quedó definida. Música estudió en el Conservatorio Nacional de Santiago de Chile que dirigía entonces D. Armando Carvajal, oyó a las cantantes y, a pesar de todo, prefirió los cantos que oyera de niña a los campesinos de piel parecida a la de la tierra, de emoción primitiva, y por primitiva pura como el cristal fugaz de los regatos, el canto de las aves, la sinfonía de las frondas y el decir de las corrientes.

La palabra, la palabra mágica que es la fuerza y la expresión de la humanidad, y maravillosa como

todo lo emanado de Dios, la *fabla* del ser humano que es conseja, decir, magia y definición del ser organizado que por su ruta se une con lo inmenso, en ella fué, no canto estilizado, fué como el del viento, de la noche estrellada, de la voz simple que es la que ama y por saber amar, la más sagrada de la vida concentrada en la palabra máxima, *amor*, que los que no saben de grandeza suelen profanar, hecho que viene a significar el más tremendo sacrilegio, le dió a Margot la virtud del canto del alma del pueblo.

Es indudable que la palabra, ya hecha verso, sentencia, magia religiosa, para alcanzar mayor elocuencia, mayor resonancia, mayor convicción y armonía, necesita ser canto. Y canto fué en la vida de Margot Loyola.

Fué canto rústico, desprendido del espíritu emocionado del pueblo de alma sufiente, de alegría espontánea y, a veces, dolorida, tal el canto de la brisa que atraviesa los yermos o se hiere en los espinales.

Anoté que el canto del pueblo fué excluido de la vida ciudadana, condenado a muerte por desprecio, pero el canto no murió, huyó para esconderse en las sombrías cordilleras, en las ancianas chozas de paja parda, en las sementeras en fiesta, en las vendimias rumorosas. Margot quiso la tonada y debió buscarla. Muchas rutas recorrió, muchos labios marchitos y ya señalados por el llamado eterno. A su voz esos labios se abrieron, rojo fué otra vez el corazón, ardiente la sangre. Las manos rugosas tomaron otra vez las guitarras. Heridas de luz y de recuerdos lloraron los instrumentos en el clamor de sus cuerdas, y el milagro se produjo.

Feliz, como la mujer que da un santo o un héroe, como la zarza que arde, como la que encuentra un

amor verdadero, corrió Margot por las sendas irregulares y solitarias. Cantando iba las canciones, herencias del tiempo. Oyéronla los pájaros, sintiéronla las corrientes y las lunas nuevas; pero faltaban cantos. Y otra vez la peregrina fué en pos de nuevas sendas, de nuevos corazones, fué con el misticismo del minero que muere sobre el derrotero en su búsqueda, rendida, enferma: andaba redescubriendo Chile, juntando los fragmentos de su alma profanada; atándola con los lazos de su propio ensueño, de su propio dolor. Nuevas tonadas, algunas danzas. Y de nuevo caminar. Canciones y tonadas en todos los tonos, determinando una jornada de resurrección, una senda de luz, guitarras en fervor, alegría en delirio...

Un día surgió la voz y el gesto de Margot; nada parecido se había visto ni oído.

—¿Y esta es la tonada chilena?

—Sí, señores, esta es la tonada chilena.

—Hay algunas muy españolas...

—Hijos de España somos, señores. Nos hemos desprendido de su alma, nuestra palabra y nuestro canto, por diferenciado que aparezca, de España vienen. En la campiña se encontró, nostalgia tiene, mas su voz es la de Chile.

Y Margot ha derramado canciones de coleo, canciones glosadas, tonadas con estribillo, parabienes, esquinazos, tonadas picarescas y... villancicos. En ellas, amor y piropos, quejas y declaraciones, celos, vida y muerte, patria y fe. Todo está en sus canciones, todo vibra en su voz.

Ella ha buscado, sabiendo lo que buscaba, ha clasificado sus cantos, sus danzas, comprendido sus ecos... todo se ha ungido en su emoción.

Los folkloristas buscan estas cosas para saber y guardar los que eran bienes de otra época, Margot ha demostrado que esos cantos eran patrimonio del alma de Chile, voz de Chile que morirán cuando como una brisa tenue, tal vez orlada del rojo del dolor, muera el alma de Chile.

La tarea de esta artista no tiene paralelo entre nosotros. Ahora estudia y realiza la canción pascuense, ya ha cantado la música de Arauco, también la de los *veliches*; su espíritu no se detiene jamás. Es la voz de la raza, es la pasión, es el amor los que la conducen a buscar la belleza, la posteridad de la nación chilena.

No dudo que en otros países existan buscadores como ella, y mejor material que el nuestro; pero nosotros recibimos con rendido regocijo del arte nuestro, lo que ella nos entrega con una sonrisa ornada de esquirlas de llanto. Ella es la grande y sacrificada triunfadora que, a mi juicio, merece ser Margot Loyola, el Alma de Chile.